

Unidos en la diversidad y unidos contra la adversidad

Clausura del curso
“Las políticas de
cohesión y solidaridad
en la Unión Europea”

Juan Carlos Moreno Piñero

Director de la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste
Real Monasterio de Yuste, a 18 de septiembre de 2020

I

Proclama el viejo Libro de los Salmos (90:10) que “setenta años son los días de nuestra vida; cuando más, ochenta años en los muy robustos; lo que pasa de aquí, achaques y dolencias”. Viene esta referencia bíblica al tiempo y a su caducidad porque el 9 de mayo hemos podido conmemorar el septuagésimo aniversario de la declaración pronunciada por Robert Schuman (1886-1963) en el *Salon de l’horloge* del *Quai d’Orsay* en París. Ese texto, conciso y nada emocionante, supuso la puesta en marcha de un camino de reconciliación y de futuro, el arranque del proceso de construcción europea mediante una apuesta arriesgada, un “salto a lo desconocido” como afirmó Schuman en ese mismo acto. A su lado se encontraba Jean Monnet (1888-1979), auténtico inspirador junto con sus colaboradores del contenido de la declaración. El plan Schuman era en realidad el plan Monnet, quien nunca reivindicó para sí la autoría. Es más, no tuvo reparo alguno en reconocer en su libro de memorias (1976) que la Declaración Schuman supuso “la iniciativa más audaz y constructiva desde el final de la guerra, un esfuerzo creador que constituía el primer fundamento de la unión de Europa”. Próximos en el sentimiento europeísta se encontraban también Konrad Adenauer (1876-1967) y Alcide de Gasperi (1881-1954). Todos ellos tenían algo en común: habían vivido las dos guerras mundiales, habían ostentado responsabilidades en sus gobiernos nacionales y por ello, de algún modo, pertenecían a una generación de fracasados, de dirigentes políticos que habiendo sufrido los desastres de la primera guerra fueron incapaces de evitar otra aún mayor solo dos décadas después. Fieles ejemplos del único animal que tropieza dos veces en la misma piedra.

Cinco años después de terminar la Segunda Guerra Mundial, Europa seguía manchada con la sangre que había empapado sus campos. Las heridas físicas, morales y materiales que había provocado el conflicto aún no se habían curado. La cuestión era si dejarlas cicatrizar o cauterizarlas, cualquier tratamiento antes que dejarlas abiertas. Europa latía en 1950 al compás que marcaba su ansia de reconstrucción, dubitativa entre diversas opciones posibles: la supremacía del vencedor o la misericordia para con el vencido; Versalles o Nuremberg; la unión de fuerzas o la ley del más fuerte; el sometimiento a una potencia extranjera o el inicio de un camino propio e incierto; la memoria o el olvido, que es aún más doloroso que la muerte. Europa se encontraba por tanto, en palabras de Schuman escritas en su libro *Pour l'Europe* (1963), en “una encrucijada de caminos”. Fue aquel uno de los momentos estelares de la Humanidad, un instante de la historia en el que se cruzan dos cometas que o bien se saludan o bien se estrellan provocando un caos estelar.

Seguramente muchos se preguntarán por qué el inicio de un proceso histórico como este lo encarna un texto aburrido, prosaico, carente de mordiente, sin grandes afirmaciones patrióticas –nacionales o supranacionales–, sin palabras grandilocuentes, del que solo se recuerdan unas frases que son las que constantemente se repiten como una salmodia. Por qué no pudo redactarse un texto solemne como el que contiene la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, que proclama como evidentes las verdades de que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables entre los que están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Por qué un mal orador y peor comunicador como fue Robert Schuman adquirió la relevancia histórica que obtuvo aquel día en una rueda de prensa que concluyó apresuradamente ya que tenía que tomar el tren. Quizás fuese el don de la oportunidad, el estar en el lugar preciso en el momento adecuado. Algo tuvo que ver, posiblemente, el que Schuman no fuera una estrella política al uso –lo que le otorgaba un marchamo de credibilidad– o quizás fuese que era un hombre esencialmente honrado y reconocido como tal; o pudiera ser que él y Jean Monnet tuvieran la clarividencia de ver donde otros solo miraban: que la unión de Europa se forjaría a través de la producción conjunta de carbón y de acero. Sea cual fuese el motivo lo cierto es que la Declaración Schuman marcó un antes y un después y que “cerró con puertas robustas una etapa en la historia de Europa” en acertada expresión de nuestro querido miembro de la Academia Europea e Iberoamericana de Yuste D. Marcelino Oreja Aguirre en su prólogo a la edición española de *Pour l'Europe*¹.

Europa vuelve a encontrarse hoy ante una situación complicada. Es verdad que los retos de hogaño son diferentes a los de antaño pero las esperanzas de vida y los anhelos de las personas son iguales entonces y ahora. En 1950 y en 2020, también antes y muy posiblemente después, todo ser humano persigue en esencia lo mismo: una existencia en paz, carente de conflictos, y si estos son irremediables, la confianza

1 *Por Europa*. (2006). Instituto Universitario de Estudios Europeos, Universidad San Pablo CEU.

en una Justicia independiente y eficaz; una vida con salud, acunados con la tranquilidad que da la existencia de un sistema público asistencial; la práctica de la solidaridad como argamasa de la convivencia; contar con unos recursos que a todos les permitan cubrir las necesidades básicas; la búsqueda de un crecimiento económico que no sea a costa de las personas; el disfrute de un medio ambiente sostenible, limpio y equilibrado como el escenario perfecto de una convivencia armónica.

Setenta años son los días de nuestra vida, ochenta quizás, y después achaques y dolencias, canta el salmo. Setenta años ha cumplido la Declaración Schuman. ¿Hemos de entender que a partir de ahora solo queda la decrepitud? La respuesta no es fácil o quizás sí. Y si es fácil, lamento decir que aún no la he encontrado, lo que constituye una prueba de cargo más contra mi inteligencia. Solo me atrevo a apuntar que Europa vuelve a vivir una situación que precisa de una reconstrucción. Al igual que lo ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial, Europa está achacosa y débil. Aún no se había restablecido de la enfermedad originada por la crisis económica iniciada en el año 2008 cuando se vio inmersa en la dolorosa crisis de los emigrantes y refugiados. Desde hace pocos meses ha sufrido una grave recaída provocada por la pandemia sanitaria, que a diferencia de las dos crisis anteriores afecta a todos por igual. Hay quienes pueden decir que la crisis económica no les afectó porque poseían recursos suficientes; otros, que los refugiados y emigrantes, por hallarse lejos, no son de su incumbencia; pero nadie podrá asegurar que el virus va a pasar de largo por su puerta sin marcarla con el estigma de la muerte.

Europa se pensó como un espacio de paz y hoy tiene que repensarse como un espacio de paz y de vida. Europa se ha ido construyendo durante décadas con el anhelo de estar unidos en la diversidad pero hoy también tiene que estar unida contra la adversidad.

Tenemos el problema, ahora busquemos la solución. ¿Quién será el nuevo Schuman que la lidere? ¿Dónde están los Monnet, Adenauer y De Gasperi que le acompañen? ¿Quién será el fracasado que lejos de lamentarse sepa extraer conclusiones de los errores cometidos? Seguramente no está pero se le espera, alertas, no vaya a ser que al igual que sucedió con Diógenes de Sinope, que con una lámpara encendida recorría las calles de Atenas buscando una persona honesta, tengamos que andar por las calles de Europa buscando un hombre o una mujer que quiera empuñar la bandera que hace setenta años alzar Robert Schuman.

II

Fieles a ese propósito, durante esta semana hemos tejido en Yuste un conjunto de realizaciones concretas que han ido urdiendo una solidaridad de hecho. Por primera vez en tres décadas, Yuste ha dejado de ser solo un espacio físico para convertirse en un aula virtual y global. Un monasterio que por acoger al dueño del mundo, al rey emperador, fue destino de peregrinación política. Cinco

siglos después ha resurgido como lugar de memoria europea, como un espacio de reflexión sobre el futuro de Europa y como un foro en el que convergen ideas y emociones. Este proceso de reconversión –de lo presencial a lo digital, de lo físico a lo virtual, del ayer al mañana– ha sido uno más de los muchos procesos de reconversión que en aras de la solidaridad se han ido produciendo por doquier, una actuación solidaria más, modesta si se quiere, entre los millones de solidaridades de hecho que se han desparramado por el mundo para salvar los efectos perniciosos de la crisis sanitaria, actuaciones todas meritorias y algunas, incluso, heroicas. Si no nos hubiésemos reconvertido, hoy seríamos una víctima más del virus.

Este curso que ahora clausuramos es, a su vez, la suma de muchas realizaciones de hecho de las que habló Schuman: las ponencias y cada uno de los comentarios y preguntas que se han ido desgranando durante estos días. Detrás de cada ponencia, de cada pregunta, de cada comentario, detrás de cada observación hay otras muchas realizaciones de hecho, aún inconclusas, que son vuestras vidas y vuestros compromisos. Detrás de cada una hay, con toda seguridad, una vida de experiencia europeísta o un anhelo de mejorar Europa o un afán de superación personal, en suma un deseo de explorar cómo las ideas utópicas pueden llegar a convertirse en realidad. Quienes habéis asistido a este curso durante cinco tardes de la semana que cierra el verano en el hemisferio norte y que abre la primavera en el hemisferio sur, habéis demostrado ser personas con inquietudes y seguramente unos excelentes alumnos desde el punto de vista académico pero también es evidente que habéis asumido un serio compromiso vital e individual, que desde el momento en que os agrupáis en actos como el de este curso, torna felizmente en compromiso común y solidario, y por ello, también, esperanzado. En este futuro de Europa, la Fundación Yuste apuesta decididamente por los jóvenes y por su formación, como lo acreditan los miles de alumnos que a lo largo de estos años han pasado por nuestros cursos internacionales de verano/otoño y el centenar de doctores que se han formado en nuestros seminarios doctorales. Los jóvenes, los de ahora y los de antes, han escuchado repetidamente que el futuro es complicado y competitivo y que para afrontar ese reto deben prepararse adecuadamente. Esto es una realidad, no un simple guiño pedagógico. Quienes nacieron en las décadas de los 80 y de los 90 encarnan la mayor esperanza de Europa porque se han educado en sociedades en paz, plurales y democráticas en las que *el otro*, lejos de ser un enemigo, ha sido un complemento y un motivo de crecimiento. Ni sus padres ni ellos han tenido que luchar en ninguna guerra, lo que no deja de ser una sorprendente novedad en la historia europea. Estos jóvenes han tenido la suerte de beneficiarse de programas de intercambio como el *Erasmus* que les ha posibilitado comprobar en sus propias mentes que *in varietate concordia* es mucho más que el lema de la Unión Europea. Sin embargo, cuando unos quieren iniciarse o continuar con su formación y otros quieren desarrollar laboralmente lo aprendido, se encuentran con un nuevo escenario que no estaba previsto en su guión vital cerniéndose sobre ellos el espectro de la precariedad laboral cuando no el del más despiadado desempleo; si hasta hace poco ser mileurista era una condición de

la que escapar, me temo que en un futuro llegar a ser joven mileurista constituya una aspiración. Estamos convencidos en la Fundación Yuste de que el futuro de Europa pasa necesariamente por los jóvenes y por su compromiso en seguir comprometidos con Europa al igual que hicieron sus mayores, en el marco del proyecto europeo, de una manera activa, decidida y determinada.

III

Hemos hablado mucho de Europa durante cinco días, y generalmente bien, pero me veo en la obligación de hacer una llamada de atención sobre el riesgo de una posible autocomplacencia y de la necesidad de reivindicar la autocrítica. El reflexionar sobre Europa no exige necesariamente un ejercicio de narcisismo; por el contrario, considero que es necesario destacar los puntos débiles si esa reflexión nos ayuda a fortalecerlos. Europa no es un mundo ideal porque si bien nosotros pertenecemos a ese porcentaje de ciudadanos que disfrutan de una buena sanidad y de una buena educación, hemos de ser conscientes de que hay muchos que están lejos de esos derechos. Algunos, excesivamente lejos. No podemos olvidar que ahora mismo, en cualquier rincón del mundo, seguramente a pocas horas de avión desde aquí, se continúa viviendo como siempre se ha vivido, o sea, que se continúa muriendo como siempre se ha muerto: con las armas en la mano o con el estómago vacío.

Partiendo de esa toma de consciencia, hemos de pensar que Europa es un experimento y que como todo experimento estamos sometidos al binomio “ensayo-error”. Y que también, como todo experimento, se busca un resultado. ¿Qué busca Europa con su unión, basada entre otros valores en la cohesión y la solidaridad? Pues simplemente busca una vacuna, un antídoto frente a la barbarie que nos asola a todas las generaciones y que solo en el siglo XX dejó cien millones de muertos. Al respecto os propongo dos reflexiones. Una: quienes hayáis estado en Yuste, seguramente habréis pasado por el Cementerio Alemán que está aquí al lado; a quien no lo conozca, le diré que a 500 metros de donde estoy, se encuentra un pequeño cementerio, abierto al cielo de La Vera, cuya tierra acoge los cuerpos de 180 soldados alemanes –26 de la Primera Guerra Mundial y 154 de la Segunda– pertenecientes a tripulaciones de aviones que cayeron sobre España, submarinos y otros navíos de la armada hundidos. Sobrecoge leer en las lápidas las edades de los fallecidos, la mayoría entre los 18 y los 25 años de edad, jóvenes que no acudieron voluntariamente a la guerra sino que fueron arrebatados de sus familias, de sus estudios, de sus trabajos... Pensad por un momento que eso nos pasase ahora a nosotros... o a nuestros hijos... Segunda reflexión: ¿qué me diríais si mañana tuvieseis que empuñar un arma contra otro joven, de otro país, que semanas antes había compartido una beca Erasmus con vosotros? Si ambas reflexiones os han llevado a pensar que eso hoy en día es imposible, será síntoma de que el experimento de la Unión Europea está sirviendo para algo.

IV

Tres cifras habían caracterizado hasta ahora a la Unión Europea: en nuestro territorio vive un 7% de la población mundial, que atesora el 25% de la producción industrial del planeta, y sostiene el 50% del gasto social de todo el mundo. Eran cifras que nos hacían sentir orgullosos, con moderación que no con plenitud porque a ellas se unía otra que conformaba el reverso de la moneda: 113 millones de europeos en riesgo de pobreza o en exclusión social, casi una cuarta parte de su población. Hasta hace poco, hasta que el mundo cambió hace unos meses, nuestra preocupación era la previsible inestabilidad de esa correlación numérica a medio y largo plazo pues siendo evidente el decremento de la población, resultaba consecuente y hasta necesario el incremento del gasto social. Una Europa envejecida y empobrecida exigía más recursos públicos que eran difíciles de generar. La realidad, al día de hoy, abre un nuevo escenario que nos lleva a exigir que el gasto social cuando menos no decaiga.

En este mundo de hoy está claro que muchas cosas no funcionan y que resuenan demasiado las voces huecas de grotescos troveros, algunos al frente de grandes potencias. ¿Cómo puede funcionar un sistema en el que el 1% de la población atesora el 95% de la riqueza total? Posar la mirada sobre el mundo de hoy implica descubrir que los Estados que tienen poder e influencia en el mundo son países grandes en población y extensión como China, India, Rusia o EEUU. Frente a ellos, Europa sigue siendo un conglomerado de Estados miembros, inestable como lo demuestra la fuga irresponsable del Reino Unido, Estados que no tienen hoy la fuerza, el prestigio o la tecnología necesaria para ser líderes en el contexto internacional. En esta tesitura el dilema es radical: o nos unimos o nos hundimos, corriendo el riesgo de convertirnos en ricos venidos a menos que solo podrán presumir, como don Guido, de repintar sus blasones y de hablar de tradiciones, pero no de riqueza o desarrollo. O podremos estar fatuamente orgullosos de ser el parque temático mundial al que acuden de otros lugares a recrearse ante nuestras obras de arte mientras nosotros esperamos de ellos una limosna sentados a las puertas de los museos.

En este desequilibrio desorientado se echa en falta quien lidere una nueva forma de entender las relaciones internacionales basada en la cooperación y en la solidaridad. ¿No puede ser Europa una alternativa válida? Pienso que sí, pero evidentemente no sin unión. ¿Y si a la fuerza de una Europa unida sumamos la pujanza de los países iberoamericanos? Es una idea que gana crecientemente adeptos y que merecería, siquiera, ser explorada. Estaríamos hablando de una política renovada, de una nueva cooperación multilateral que debe llevarnos como punto de partida a mirarnos de igual a igual a través del Atlántico sin centros neurálgicos y sin periferias, a fomentar la solidaridad, a estrechar los lazos políticos, a no caer en los vicios de la vieja economía sino a invertir en una nueva economía verde y azul –¡qué gran potencial de ambas atesoramos conjuntamente!–. Y dentro de la

Unión Europea creo firmemente que un papel muy importante deben desempeñarlo conjuntamente Portugal y España, los países menos euroescépticos, dos países que han vivido demasiado tiempo de espaldas pero que en este mundo de hoy están destinados a compartir, y en cierta forma a liderar, el espacio euro-iberoamericano al que tanto han contribuido.

V

Europa se pensó como un espacio de paz y hoy tiene que repensarse como un espacio de paz y de vida. Europa se ha ido construyendo durante décadas con el anhelo de estar unidos en la diversidad pero hoy también tiene que estar unida contra la adversidad. Confío en que la buena noticia del fondo de reconstrucción ayude a la recuperación de Europa y con ella a una mayor unión y progreso pero hemos de ser conscientes de que para llegar a sanar las heridas hacen falta más de 750.000 millones de €, hace falta instaurar un cambio de mentalidad que incluya practicar una política de solidaridad interterritorial e intergeneracional.

Pese a todo, soy optimista, siempre que consideremos que optimismo es el convencimiento de que el esfuerzo da necesariamente sus frutos. Creo firmemente en que todos los hombres y mujeres, sea cual sea su raza, su credo, su religión, sus creencias, son igualmente dignos pero para que eso sea así, para una “igual dignidad”, hemos de recordar cada día que el porvenir está por hacer, para evitar depender de la incertidumbre, porque la frase que más veces se ha repetido durante el curso, pronunciada por el Presidente Felipe González en su ponencia, ha sido que nuestra única certidumbre es la existencia de la incertidumbre. Y me gustaría apostillar: en todo caso, que sea una incertidumbre esperanzadora.

A esta tarea de construir un porvenir más social, más igualitario, más inclusivo, más verde para Europa, os convocamos hoy desde Yuste, y lo haremos mañana, y siempre que seamos dueños de la palabra. ■

